PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Marzo de 1921. Núm. XXXIII — Año V.

RUBÉN DARÍO

Lauxar, el ilustrado profesor de literatura de nuestra Universidad y crítico de merecida fama, ha tenido la gentileza de ofrecer a nuestra revista este trabajo, en donde estudia con la brillantez, erudición y sagacidad que le son características, las primeras obras de Rubén Darío.

PEGASO se hace un honor en ceder a Lauxar las páginas editoriales de este número.

FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO

No fué trabajo inútil el que Rubén Darío gastó en sus primeras obras esforzándose por reproducir estilos diversos: aprendía así a imitar. Gracias a ello, estaría, a su hora, preparado a la tarea de trasladar al castellano la imitación del nuevo gusto reinante en la poesía francesa. No fué otra cosa lo que intentó y realizó en *Azul*...

Había admirado en los artículos de Paul Groussac, publicados en "La Nación", una forma inusitada, que lo sorprendía por su novedad y viveza, y no acer-

taba a explicarse aún el secreto de ese hechizo. Era la expresión francesa aplicada al español. Nunca, en los escritores de nuestra lengua, antiguos o modernos, había encontrado una cosa parecida. El pensamiento, rápido, ágil, se movía sin pompa y sin esfuerzo; la palabra se adecuaba a la intención, y erà, más que un signo exterior o convencional, algo así como el milagro de la luz que, lejos de estorbar y esconder lo que envuelve, lo descubre y lo ilumina

Estaba Rubén Darío poseído por el encanto de esa forma, para él incomprensible, cuando leyó en Chile algunas traducciones de los parnasianos franceses. Aquello fué su revelación. Conocía apenas el francés, pero gustó, maravillado, la claridad, la fineza, la precisión, la mesura, de su genio literario. Supo desde entonces lo que le tocaba hacer: transportar a su propio idioma aquella manera de poesía hecha de sensaciones, de colorido y de elegancia. Su primero y gran maestro fué Catulle Mendès; se procuró en seguida los más célebres cultores de la "escritura artista". Él mismo ha señalado sus preferencias por Gautier, Flaubert en *La Tentation de Saint Antoine* y Paul de Saint-Victor. Iba a iniciarse en lo que Don Juan Valera, con sutil penetración, llamaría su "galicismo mental". El gusto de Francia infundió en su espíritu un sentido nuevo de voluptuosidad. Indiferente a los grandes temas, escogió entre cuanto el Parnaso Contemporáneo le ofrecía, lo que era lujo de arte, con soberano desprecio de toda preocupación extraña a la sola belleza.

El cuento parisiense, ligero y brillante, sensual y fantasista, es su composición predilecta. En él acomoda, cualquiera que sea el asunto elegido, todas sus invenciones. Hay entre éstas alguna que parecería inspirada por un propósito moral, si el desarrollo mismo no hiciera patente que se trata de un mero pretexto para describir con fina elegancia cuadros de miseria y dolor. Así, por ejemplo, *El rey burgués*, que opone al fasto de una corte suntuosa y estulta la suerte del poeta condenado a morir de inanición, envuelto en el frío de la nieve, dándole al manubrio de un organillo. Se creería, por el argumento, que el autor ha querido lanzar una protesta contra el destino o la injusticia humana. Nada, sin embargo, de eso. la magia de la pintura muestra que la mano del artista ha delineado y coloreado en perfecta serenidad todas sus imágenes, sin que ni el más pasajero y rápido estremecimiento de emoción haya perturbado su obra.

Tienen casi todos sus cuentos cierto aire de evidente irrealidad; y no es la suya esa atmósfera extraterrena que invita a admitir, como en otro mundo capaz de lo imposible, los caprichos de la imaginación sobreexaltada. El arte de *Azul*..., leve y exquisito, no oscurece ni aduerme jamás la plena lucidez tranquila de la inteligencia; es todo reflexivo y nada patético. No persigue lo quimérico sino por el placer de sustraerse a la vulgaridad; y pone, por eso mismo, en la ficción, la gracia de una ironía que juega discretamente con el encantador engaño de la fábula. Son de por sí bien significativos en tal sentido los datos fundamentales de estas historias: un buen rey aburguesado; un sátiro sordo; una ninfa moderna; cuatro artistas misérrimos, bienaventurados bajo el velo de la reina Mab; un peregrino angustiado por las privaciones de la pobreza, que entona un cántico de alabanza a las virtudes mágicas del Oro; un viejo gnomo que descubre los primeros rubíes en diamantes coloreados con sangre de mujer; una niña enferma de clorosis, que sana haciendo un viaje al palacio del Sol, en el carro de una hada; un poeta que tiene metido en la cabeza la locura de un pájaro inquieto; una mujercita de escultor, celosa de un busto en porcelana china.

Es toda una galería de ensueño, o, mejor dicho, de imágenes y visiones delicadas y curiosas. Cuando se dice "ensueño", surge en la mente, por efecto del sentimentalismo romántico, la idea vaga de algo más vago todavía, aéreo, lejano, evanescente en la niebla o esfumado entre sombras. Son muy de otro modo estos caprichos imaginarios de Rubén Darío. Ellos no requieren las sugestiones del aislamiento ni la complicidad alucinadora de la noche. Los crea en plena luz el amor de las formas precisas: tienen la pureza de las líneas clásicas, y brillante el colorido.

Es entre ellos excepción única, por sus condiciones de verosimilitud, la narración titulada *El fardo*. La atribuye el poeta a un contagio muy leve del realismo, sin ulterior repercusión en su vida literaria. Más que al propio autor se debe al influjo de una moda. En cambio, está aquél entero, con su tendencia idealizadora y su viva sensualidad, en los dos bonitos cuadros de *Palomas blancas y garzas morenas*. Son los recuerdos, convertidos en poesía, de sus primeros amores: dos figuras de muchachas, de provocativa frialdad la una, envuelta en un vuelo de palomas blancas, con un beso de furtivo amor estampado en la mejilla; sensual, la otra, rodeada por garzas morenas, con un largo beso de pasión en la boca.

Los cuentos constituyen la primera parte de *Azul...*; la segunda está compuesta de simples descripciones; unas se llaman *Acuarela, Aguafuerte, Al carbón;* otras, *Paisaje, La Virgen de la Paloma, Un retrato de Watteau, Naturaleza muerta*. Ha querido hacer el escritor, con su pluma, lo que el dibujante o el pintor con su lápiz y su pincel. A pesar de la división, el procedimiento literario es idéntico en ambas partes del libro: las dos están escritas de igual manera, aunque una desarrolle en episodios sucesivos un argumento y la otra se limite a dar en una escena única

una sola impresión visual. La eficacia de la palabra es siempre la misma; lo que ha variado es el asunto. El poeta, después de tratar con su nuevo estilo un género acostumbrado, se ha propuesto lucir ese estilo en trozos libres de todo interés extraño a la mera ejecución. Es el triunfo del arte, que se aísla para mostrarse enteramente solo.

Verdaderamente no hay que buscar otra cosa en toda esta obra de Rubén Darío Ella carece de transcendencia y hondura; no encierra misterios ni oculta segundas intenciones; es clara, fina, transparente, nítida; agota en su expresión todo su alcance; y, sobre todo, no pretende enseñar ni corregir absolutamente nada. Toma de cuanto existe, en bulto o en idea, lo indispensable para dar apariencia consistente a un deseo de belleza.

Esa actitud de espíritu en el escritor implica, sin duda posible, una total negación de respeto a las preocupaciones comunes sobre la verdad y el bien. Tanto como éste y ésa, valen en su aprecio la mentira y el mal, porque le sirven igualmente, según los casos, para los efectos de la pura emoción estética.

No en vano se llama *Azul...* este precioso pequeño libro. Don Juan Valera encontraba inexpresivo ese título: ¿no hubiera sido igual designarlo con otro cualquiera de los colores si el arte, al fin, es imitación de la naturaleza, como enseñó Aristóteles? No, por Dios y por cierto. "L'art c'est l'azur", había dicho Víctor Hugo, porque para él lo azul y el arte eran elevación. Rubén Darío, con otro pensamiento muy distinto, ve también azul a su arte; mas no porque eleve: en eso no repara: es azul porque lo azul, como el cielo en el soneto de Argensola, existe sólo para el placer de la contemplación; porque no está en las cosas vulgares; porque la naturaleza, que lo ha derramado pródigamente en los espacios, lo escatima y reserva en la tie-

rra para las flores, para las aves, para las gemas y para los ojos. ¿No es también azul la sangre de las princesas irreales en los cuentos de encanto?

Termina *Azul*... con tres grupos de composiciones en verso. En el primero, *El año lírico*, figuran cuatro poesías que deben sus nombres a las cuatro estaciones; y, todas, cantan cosas de amor. Las épocas del año dan su tono a cada poema; pero es la pasión dominante en el corazón del poeta lo que en todas pone el mismo asunto. A la invitación de la primavera, sigue el encendimiento del verano; y, después, en el invierno, la nostalgia de la felicidad, excitada con el calor del vino, en la ausencia de la amada. Rubén Darío, que era demasiado joven, no ha acertado a aprovechar las naturales disposiciones del otoño con sus notas más características. Se imagina solo en una tarde plácida soñando con las mejores esperanzas de la vida. Pide a una hada inspiración: ella lo arrebata a la noche encendida en estrellas; pide él más: le brinda el espectáculo de la aurora; pide otra vez más: le ofrece el hechizo de las flores; pide todavía más:

El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer...

Ya no pide más el poeta; no aspira a otro regalo. Éste es su bien supremo: la mujer, alma de su lira. ¿No está aquí prefigurada la obra entera de Rubén Darío, toda imbuída por la gracia del sexo?

La última poesía de este grupo, *Anagké*, suscita de pronto los problemas de nuestra inquietud moral, con

sorpresa del lector ya hecho a olvidarlos por completo en el encanto de las ficciones. Es una larga y animada pintura de la felicidad inocente que goza una paloma, interrumpida, en pleno contento, por la brusca intervención de un gavilán, que se traga a ésta. El buen Dios, allá, en su trono,

se puso a meditar. Arrugó el ceño;
y pensó, al recordar sus vastos planes
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando creó palomas
no debía haber creado gavilanes.

¿Problemas de nuestra inquietud moral? Es tal vez mucho decir para esto. En todo caso descubre aquí Rubén Darío, en su manera de tocar ese tópico, que los vicios de la naturaleza, así sean errores de Dios, no lo molestan mayormente y le permiten hacer de ellos fiesta de ingenio con ánimo serenísimo. Cosa muy semejante ocurre con *Estival;* también ella se refiere a la existencia de los animales; también ella se abre con la descripción de su dicha y acaba con una escena de intempestivo aniquilamiento. Cuenta el poeta con rasgos cómicos de alegre donaire los primeros y hasta algo de los últimos pasos de amor entre dos tigres salvajes de Bengala: brama la tigre en celo, atusada y jubilosa, llena de vida, señora de la selva; acude a su reclamo, con gallardías de conquistador, un tigre donjuanesco; ambos se contemplan y admiran, y, finalmente, enardecidos en el fuego de la estación y de la sangre, se entregan al misterio del ciego impulso; pero surge, imprevisto, un cazador; suena un tiro, y la pobre hembra, abierto el vientre, queda tendida mientras el macho huye. Más tarde, el tigre, dormido en su cubil, sueña, relamiéndose, que despanzurra y engulle golosamente lindos cuerpos sonrosados y tiernos de mujeres y niños.

Este sueño del tigre evoca en la memoria *Le rêve du jaguar*, que parece y debe de haberlo inspirado. Son muy diferentes, con todo: Leconte de Lisle, fiel a su naturalismo escrupuloso, reduce el sueño del jaguar a las ordinarias impresiones de éste reavivadas por su natural instinto despierto; Rubén Darío, en cambio, presta al sueño del tigre los elementos de una conciencia humana, deseo de venganza reflexiva y conocimiento de la mujer desnuda. No es, pues, más que la idea de hacer soñar una bestia, y en esa misma idea sólo su parte más superficial, lo que el autor de *Azul...* puede haber tomado al de *Poèmes barbares*. La honda visión de la animalidad no era asequible ni interesaba entonces al poeta satisfecho con la belleza de las formas.

Este grupo, hecha excepción de la poesía *A un poeta*, agregada en ediciones posteriores y calcada en la antigua manera de Salvador Díaz Mirón, parece haber sido compuesto antes que los otros. Difiere notablemente de ellos. A pesar de que encierra una traducción de Armand Silvestre, no se percibe en él sino muy escasamente la influencia de Francia. En él se hallan las expresiones más vulgares y más defectuosas de todo el libro:

.. saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en el glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las floréstas.

... la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua.

..... el vino
que es propicio a los poetas.

..... En él había
un divino idioma de esperanza.

Hermana del ígneo astro.

Por otro lado, tocante a versificación, no se ofrece aquí más novedad que el cambio de rima, en cada estrofa, de una composición asonantada en voces llanas. Se usan metros netamente españoles: el romance octosilábico, el eptasílabo asonantado, la combinación libre del endecasílabo y el eptasílabo en estrofas irregulares, con rima perfecta o imperfecta según sea el tema objetivo o subjetivo, y el cuarteto endecasilábico.

Los otros dos grupos inician ya claramente, lo mismo en la forma que en el fondo, la renovación de la poesía española, que en *Prosas profanas* alcanzará después su pleno desarrollo. Están exclusivamente compuestos de sonetos descriptivos, unos con asunto legendario, *Caupolicán*, de la naturaleza, *Venus*, y de la vida corriente, *De invierno*, y otros con retratos de poetas contemporáneos. Todos, llenos de concisas y fuertes imágenes visuales, pertenecen por su técnica literaria a la escuela francesa. La figura de Caupolicán parece arrancada a los poemas bárbaros de Leconte de Lisle o a las leyendas seculares de Víctor Hugo.

Es algo formidable, que vió la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro del campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

Por casco, sus cabellos; su pecho, por coraza;
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,

lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día;
le vió la tarde pálida; le vió la noche fría;
y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán.

"¡El Foqui, el Foqui!", clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: "Basta",
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Los retratos de poetas, por su mismo título común. *Medallones,* denotan el gusto parnasiano por la precisión y firmeza de los rasgos escultóricos y pictóricos. Ellos nos muestran, a través de su obra, a Leconte de Lisle, Catulle Mendès, Walt Whitman, J. J. Palma y Salvador Díaz Mirón. Sólo porque es la de su maestro preferido, y, en cierto modo, casi la expresión de su propio ideal, elijo entre esos dechados esta primorosa etopeya de *Catulle Mendès:*

Puede ajustarse al pecho coraza férrea y dura;
puede regir la lanza, la rienda del corcel.
Sus músculos de atleta soportan la armadura;
pero él busca en las bocas rosadas leche y miel.

Artista, hijo de Capua, que adora la hermosura,
la carne femenina prefiere su pincel;
y en el recinto oculto de tibia alcoba oscura,
agrega mirto y rosa a su triunfal laurel.

Canta de los oaristis el delicioso instante,
los besos y el delirio de la mujer amante;
y en sus palabras tiene perfume, alma, color.

Su ave es la venusina, la tímida paloma.
Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma,
en todos los combates del arte o del amor.

Se ha dicho que las últimas composiciones de *Azul...* reproducen en castellano el soneto alejandrino de los franceses. Hay en esto una confusión de términos y de cosas. Es verdad que el soneto alejandrino, usado una sola vez en la antigua literatura española, por Pedro Espinosa, fué decisivamente incorporado a nuestra lengua por Rubén Darío; pero su verso alejandrino es el castellano, de hemistiquios independientes, y no el francés, de hemistiquios agudos o ligados por sinalefa, que nadie usó en castellano antes que Roberto de las Carreras, en su excéntrico opúsculo *Al lector.*

A los sonetos alejandrinos mezcla *Azul ..* varios dodecasilábicos de verso dividido en epta y pentasílabo. Es otra innovación. Villalpando, en el siglo XV, los había ensayado con igual medida, pero en hemistiquios exasilábicos y sin éxito.

Es creación de Rubén Darío, sin más vida que la de esa única tentativa, el verso de ritmo doble en que celebra a *Venus,* compuesto de un eptasílabo y un decasílabo acentuado en tercera y sexta:

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.

Por último, otro punto de revolución métrica es el empleo regular de la rima aguda en el soneto, que no debe confundirse con el uso que de ésta hizo en la primera época del Renacimiento español el Marqués de Santillana: Rubén Darío convierte la rima aguda, por su colocación en los versos impares de los cuartetos y en el remate de la composición, en cosa diferente de la rima llana, y, por lo tanto, en nuevo elemento de versificación, mientras Íñigo de Mendoza utilizaba las dos rimas como equivalentes en cualquier distribución posible.

Prosas profanas, a pesar del largo tiempo que transcurre antes de su aparición (1896), después de *Azul*... (1888), es más bien que otra cosa, una prolongación de éste mucho más rica en arte y pensamiento. La diferencia entre los dos libros puede parecernos radical si del primero tomamos, para la comparación, los versos de *El año lírico* o la prosa de *El fardo*, y en el otro elegimos, por ejemplo, *El coloquio de los centauros* y *Las ánforas de Epicuro*. No figuraban éstas en la nueva obra cuando se publicó la vez primera; ni es el *coloquio* un buen paradigma de composiciones como *Sonatina*, *Pórtico* y *Año nuevo*. Para establecer la relación de ambos trabajos hay que fijarse, ante todo, en las semejanzas que presentan. Ellas son bastante más de lo que se piensa comúnmente. *Era un aire suave*..., considerada como típica en el estilo de *Prosas profanas*, da, en efecto, su tono general, y reproduce al mismo tiempo, por su fondo y por su forma, y hasta en el detalle, el gusto de *Un retrato de Watteau*. Para que se vea cómo, voluntaria o involuntariamente, ha mezclado el poeta en esas descripciones las mismas imágenes decorativas, recordaré un simple accesorio de los dos cuadros. "Una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto", contempla a la dama que hubiera retratado Watteau; "y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro". ¿No se os vienen, tras esto, a la memoria las estrofas del poema?

Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo;
y como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje, del amor palestra,
sobre rico zócalo, al modo de Jonia,

con un candelabro prendido en la diestra,
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

Como la innominada coqueta de *Azul*..., la marquesa Eulalia calza el pie breve con zapatos de tacones rojos. No son éstas las únicas transcripciones de uno en otro libro. Nada menos que el cisne, emblema de la nueva poesía, tal como se nos muestra en *Blasón*,

—El olímpico cisne de nieve,
con el ágata rosa del pico,
lustra el ala eucarística y breve,
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega
es su cándido cuello, que inspira
como prora ideal que navega, —

proviene de *Azul*...: "un cisne chapuzaba, revolviendo el agua, sacudiendo las alas, de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del asa de una ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata rosa".

Estas curiosísimas notas sobre la creación poética de Rubén Darío, por muchas que fueren, significarían muy poco si no concurriese con ellas un mismo espíritu en sus dos obras. Pero, ¿qué es la tan mentada *Sonatina*, sino un cuento a la manera de *Azul*... puesto en verso? *De invierno*, colocado en *Prosas profanas*, hubiera pasado, ante los ojos más expertos, por uno de sus buenos sonetos. *El país del Sol*, con su prosa lírica, podría, sin disonancia, juntarse a la "romanza en prosa" *A una estrella*.

Amor del arte en sí, y particularmente en su indiferencia por cuanto le es ajeno, — lo que se pudiera llamar su narcisismo, — complacencia voluptuosa en la descripción de la belleza física y femenina, gusto del fasto, buen tono, sentido exquisito de la armonía, habilidad extraordinaria en el dominio del procedimiento literario; todo esto aparecía en *Azul...* y está en *Prosas profanas;* pero no se trata, por supuesto, de una simple repetición. Éstas denotan un gran progreso, paralelo y simultáneo, en la maestría de la forma, en la cultura artística, en cierta infiltración personal del autor en sus temas y en su estilo; y señalan el principio de una evolución hacia la inquietud de pensamiento, que ha de absorber o subordinarse todos los otros valores de poesía en los *Cantos de Vida y Esperanza.*

El estudio reflexivo y constante del Parnaso, hecho con la misma entusiasta admiración que le produjo su descubrimiento, ha entregado a Rubén Darío todos los secretos de una técnica modernísima. A Gautier y Mendès uñen ahora su influencia Poe, Baudelaire, Banville, Villiers de L'Isle Adam, Verlaine, Eugenio de Castro. Ha adquirido ya, con dominio absoluto, esa artificialidad elegante del refinamiento decadente. Su labor, más primorosa que antes, denuncia una sensibilidad carnal, contenida pero conmovida hasta las raíces del sér. Por otra parte, la versificación lo obliga a trabajar su forma con celo más prolijo aún que el puesto en su prosa anterior, y de este esfuerzo consagrado a organizar el ritmo en la combinación de los vocablos, aunque el decirlo parezca paradógico, aprovechan a la vez la construcción de la frase, que se despoja de elementos inútiles, y el fondo mismo, que se depura y acrisola en palabras esenciales.

LAUXAR.

LA COMETA

Ansiosa de romper el hilo que la sujeta
para subir más,
Tira con tanto ahinco la cometa
Desde lo alto, que el rapaz,
Sintiendo su mano dormida y dura,
Se ha arrollado la cuerda por la cintura.

Hay sol, un blanco y bello riacho,
Colinas pintorescas, denso boscaje
Y por el aire mucho gorrión borracho;
Mas dentro del paisaje,
Como sin ojos y sin oídos está el muchacho:
Toda la vida se le concreta
En el donaire y los coleos de su cometa.

Mas, de repente, un grito ronco
Al abstraído rapaz conjura.
El muchacho rezonga; mal que le antoje
Desata el hilo de la cintura,
Lo anuda a un tronco;
Por última vez recoge,
Luego, de golpe, suelta la piola
Y echa a correr, sonriéndole desde el suelo
A su pandorga que deja sola
Bajo la clara tienda del cielo.

Y la penosa labor comienza.
Rompe a pico de azada la tierra densa;
Sobre el petizo aguatero, montado en pelo,
Va a llenar los barriles en el riachuelo;
Abona, siembra los surcos, mata la hormiga...
Cae, a veces, desmoronado por la fatiga,
O huele a estiércol, o los pedruscos y cardos deja
Pintados con su joven sangre bermeja.

Esa lucha por el pan nuestro de cada día
Lo mataría,
Si el rapaz muchas veces no detuviera
El pico de su azada sobre la era,
O, subrepticiamente, si está en el monte
Hasta su linde no se allegara,
Sólo por ver encima del horizonte
Aquella linda pandorga que remontara...
O mismo todo lo afronte:
Corra hasta el tronco donde la atara,
Al hilo tirante enrosque
Un papel o una débil hoja del bosque,
Y no aparte del hilo la vista inquieta
Hasta que llegue al seno de su cometa
Aquel mensaje
A quien el soplo del viento sirve de paje.

Yo soy como tú, muchacho.
Sangre y rezongos me arranca la tierra dura;
Mas atada a mi alma tengo en la altura
Una cometa airosa como un penacho.
Y cuanto asueto la férrea vida me otorga
— y si no me lo otorga también lo robo —
Como tú me emborracho
Enviándole mensajes a mi pandorga.
Así suele encontrarme mi hermano el lobo

Y como no lo querello me llama bobo...
Él no sabe, chicuelo,
Lo que es tener una cometa cerca del cielo;
Por eso de sus garras esconde el filo.
¡Muchacho de alma poeta,
Que nunca se corte el hilo
De tu cometa!

JOSÉ MARÍA DELGADO.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

(Continuación)

III

Renata fué puntual a la audiencia particular que se dignó concederle el Ministro. S. E. la esperaba teniendo desplegada ante su importante atención la propuesta del señor Enríquez, pero sin haber resuelto el punto, no tan impedido por lo inoportuno del negocio propuesto, como por el deseo de hacerse rogar de tan hermosa postulante y el gusto de seguir concediéndole audiencias especiales

—Señora:—dijo S. E. después de un amable saludo — aquí me encuentra usted engolfado en el estudio de la propuesta de su señor esposo.

—¿De manera, señor Ministro, que no ha tomado todavía ninguna resolución? — preguntó Renata con un si es no es de reproche.

—Me ha faltado el tiempo necesario, señora . El asunto es más complejo de lo que parecía a primera vista...

—El plazo lo fijó usted, señor Ministro.

—Es verdad... Pero no supe calcular, en mi deseo de servirla lo más pronto posible... ¡Me disculpa usted!

—Pero ¡que otra vez no se repita, señor Ministro!,—

expresó Renata levantando graciosamente un dedo a la altura de la nariz, con sonriente amenaza

—¿Y si le concedo una nueva audiencia, y todavía .?

—¿Y todavía no me da una contestación definitiva? — preguntó Renata completando el pensamiento de Su Excelencia.

—Eso es.

—Entonces, — dijo Renata con seriedad — esa audiencia está de más. Por consiguiente, me llevo desde ya ese documento.

Y uniendo la acción a la palabra, Renata tendió la mano para apoderarse del papel donde su esposo proponía al Gobierno una reforma tan necesaria y fundamental para la felicidad pública La mano de Renata, mano de madrigal y de joyería, se encontró con las manos no menos suaves de S E. que oprimían el importante documento, que era ya un documento de Estado.

—Señora — le dijo — este documento ya no le pertenece. Es propiedad de la Patria.

Fué un minuto solemne

Entre tanto, la mano ministerial oprimía el precioso documento, y éste, la no menos preciosa mano de Renata, que la patriótica emoción inmovilizaba

El Ministro fué el primero en romper el augusto silencio:

—Este asunto, señora, se resuelve como los plebiscitos o como las declaraciones de amor: por un sí o por un no...

—Espero que será por un sí, señor Ministro, — afirmó Renata retirando suavemente su mano.

El Ministro la miró largamente en los ojos, y afirmó:

—Usted puede llevar la mano de S. E. haciéndole escribir el sí o el no, según sus deseos...

Renata creyó oportuno bajar la vista. El Ministro insistió:

—¿Sí o no?

Renata creyó oportuno callar. El Ministro volvió a preguntar, aproximándose todo lo posible al oído de su bella postulante, insinuando con la voz del amor:

—¿Sí... o no... Renata...?

. . . . . .

Esa tarde, cuando Renata volvió a su casa, abrazó triunfante a su marido, exclamando:

—¡Le he arrancado el sí!

—¿De modo que el negocio será aceptado? — preguntó radiante el señor Enríquez.

—¡Dalo por hecho, querido!

—¡Eres formidable, Renata! — exclamó su marido en un arranque de entusiasta admiración.

Entre tanto, S. E. acababa de descubrir cuál era el misterioso signo que, en el zodíaco de los negocios, presidía la buena estrella del afortunado señor Enríquez.

IV

Era una tarde de verano, de pesado bochorno. Juan, el chauffeur de los Enríquez, hacía la siesta en su cuarto, algo apartado del resto del cuerpo de la casa, junto al garage. De pronto sintió que empujaban suavemente su puerta, a cuyo aviso atinó a correr, sobre sus desnudeces, la sábana que el calor le había hecho arrojar a los pies de su cama. Entró Gloria.

—¡Juan! — llamó.

—¿Señorita? — contestó el aludido, recatándose más bajo la sábana.

—Vengo a decirle que tenga pronto el auto para las cuatro y media.

—Ya lo sé. Eso hago todos los días, señorita.

—Pero a veces se olvida. Y hoy hace mucho calor, y queremos ir temprano a la playa.

—Está bien, señorita.

Gloria miró a su rededor. Luego dijo:

—¿Hace calor aquí?, eh, Juan?

—Sí, señorita. Bastante.

—Sin embargo hace más en mi cuarto... No se puede estar....

—Será así, señorita; pero ahora le rúego que se vaya...

—¿Le incomodo? ¿Tiene mucho sueño?

—No es eso, señorita; pero si la ven aquí pueden creer...

—¿Qué pueden creer? ¡Bah! — y se encogió de hombros.

—Pero, ¡me compromete, señorita! — exclamó el chauffeur, que no quería perder, así como así, la ganga de servir a tan rumbosa familia. — ¡Váyase, por favor!

—¡Ya me voy, ya!

Y se marchó dando un portazo.

Juan sintió que la sábana de quemaba, y de un enérgico puntapié la volvió a echar a los pies, apenas se vió solo.

—Si se queda un poco más — murmuró febril el mozo — si se queda un poco más!...

Estaba aún ardiendo en la atmósfera de aquel doble bochorno, cuando sintió que nuevamente empujaban la puerta. Volvió a correr la sábana sobre su cuerpo desnudo, aunque no tan rápidamente como la primera vez. Hasta estuvo tentado de hacerse el dormido.

Entró Margot.

Juan, aunque ya estaba familiarizado con los hábitos libérrimos de estas dos vírgenes locas, quedó estupefacto.

—¿Qué vino a hacer Gloria aquí? — preguntó Margot con viveza.

—Vino a decirme que tuviera el auto pronto para

las cuatro y media, señorita, — contestó el chauffeur, que volvió a sentirse como sobre parrillas.

—¿A las cuatro y media, eh...? — silabeó con sorna la muchacha. — Como si todos los días no aprontara el auto a esa hora...

—Bueno; si no quiere creer, ¿qué le voy a hacer, señorita?

—Sí, sí...

Y se acercaba lentamente al lecho donde ardía el nuevo San Antonio.

Margot no aventajaba en belleza a su hermana, pero sí en desenfado y resolución. Tan era cierto, que, a haberle intimado Juan, como a Gloria, que se marchara, no lo hubiese conseguido así como así. Pero el mozo no se sentía con fuerzas para repetir su gesto de José, y se entregó a lo que viniera.

—¡Si no quiere que le cuente a papá, abrócheme esa bota! — dijo con imperio la muchacha. Y con esta intimación puso su pie sobre el borde de la cama, presentando a Juan su fina bota de gamuza blanca, que estaba efectivamente desabrochada. Tal vez los apremios del espionaje a su hermana no le habían dejado tiempo para completar el aderezo del calzado. Tal vez lo hizo con su cuenta y razón.

—¡Pero, señorita! — exclamó el pobre mozo sobre ascuas — mire que estoy desnudo, y no puedo sacar el brazo fuera de la sábana, sin...

—¡Arréglese como pueda! — le interrumpió ella con tono que no admitía réplica. Y luego agregó, para quedar bien con sus últimos escrúpulos: — Sostenga con una mano la sábana, y abroche con la otra.

El mozo se apresuró a obedecer.

Pero la operación resultaba laboriosa y casi estéril, pues estando una mano del mozo impedida en sostener la sábana a la altura del cuello, la otra quedaba en una orfandad que poco o nada podía hacer.

—¡No sea torpe! ¿Para qué tiene la otra mano? — exclamó impaciente Margot, con voz ronca.

. . . . . .

Esa noche, cuando Renata y su hija Margot descendieron del auto con el objeto de dar un paseo a pie por la rambla de la playa, Gloria se quedó en el interior del vehículo retenida por un humor agrio y poco comunicativo.

Margot dió su interpretación a este humor, pero se encogió de hombros, y se fué con su madre, dejándola sola con Juan, en un obscuro rincón de la calzada. Los celos tienen sus raíces en el sentimiento del amor, no en su carne.

En cuanto al mozo, que ya supo el gusto de la fruta que una consideración utilitaria hubiera querido alejar de su boca, pensó, al verse solo con Gloria, que hubiera sido preferible ésta a la otra, como que era mucho más hermosa. Entonces nació en su pecho un deseo irrefrenable de completar su espléndido banquete sensual.

—¡Señorita, veo que está triste! — insinuó el mozo melosamente. — ¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Está todavía enojada conmigo porque la eché?

—¡Bah! Me fuí porque quise.

—Tiene razón, señorita.

Calló el mozo. Calló ella.

Juan, con los derechos que le daba su condición de interlocutor, quedó con los ojos clavados sobre Gloria. La vista de la nota blanca del pie que se destacaba en el fondo penumbroso del coche, iluminó con una asociación de ideas el ingenio del mozo, que se exprimía vanamente buscando un recurso de ataque. Y convencido de que en el pie estaba algo así como el talón de Aquiles de la mujer, aventuró una mano en el interior del auto para señalar, diciendo:

—Mire, señorita, tiene una bota desabrochada. ¿Si usted quiere se la abrocho ..

—Lo van a ver, — dijo ella

—¿Con esta obscuridad? — comentó el, incrédulo.

—¡Pero si mi bota no está desabrochada! — exclamó Gloria, después de haber comprobado el hecho

En ese momento regresaron Renata y Margot, quien había hecho interrumpir el paseo a causa de una problemática jaqueca. Y no fué para más.

V

Desde aquel acontecimiento de alta administración de Estado que tuvo por consecuencia el cambio general de las chapas de la nomenclatura de la ciudad, hasta que se rompió la maroma política en que hacía sus equilibrios nuestro viejo conocido el señor Ministro, habían transcurrido cinco años. Durante ese largo lapso de tiempo, S. E. tuvo oportunidad de vincular su nombre a numerosas reformas de utilidad pública del carácter trascendental de aquélla, en las cuales el afortunado señor Enríquez tuvo a su vez el honor y el beneficio de poner a contribución su fecunda cabeza.

La distribución de cometidos era neta y definida. El señor Enríquez proyectaba, la señora mecía a S. E. en sus buenos oficios, y S. E. era brazo ejecutor. Naturalmente que Renata sabía buscar las oportunidades para interceder ante S. E., como dama de tacto. Así, por ejemplo, el segundo negocio estuvo a prudente distancia del primero, e ilustrado con las siguientes circunstancias de buen tacto:

—¿Cómo se llama esta calle? —preguntó cierta vez Renata a S. E., mientras el auto rodaba hacia un chalet discreto de los alrededores urbanos.

S. E. ignoraba el nombre de la calle.

—¡Palmares! — exclamó Renata, contestándose a sí misma, después de haber leído con sus ojos de lince en una chapa que enfrentaba oportunamente. —Y a propósito — agregó Renata — ¿cuándo cambian esos mamarrachos de chapas?

El Ministro tembló.

—¡Cómo! ¿Ya no te gustan esas chapas? ¿Tienes alguna nueva propuesta de tu marido?—preguntó alarmado S. E, que todavía de cuando en cuando recibía algún ataque de la prensa opositora a causa del cambio.

—¿Nueva? No, la misma que ya aprobaste,—explicó Renata.

—Pero mujer, si esas son tus chapas, — exclamó riendo el Ministro, ya tranquilizado

—¡Ah!, ¿sí? Puede ser.. Como pasamos tan ligero .. Y me alegro que ya hayas terminado con ese asunto, porque mi marido tiene que presentar otro proyecto.. Pero yo no quise hablarte de él, hasta que no te hubieras desocupado del primero

Cuando cayó el Ministro, los Enríquez sufrieron un eclipse en su buena suerte, y duró todavía, después de un año, hasta este momento en que Renata, para tentar fortuna con el sucesor, espera en las antesalas ministeriales que le toque el turno de pasar al despacho de la nueva Excelencia.

El nuevo Ministro era un hombre joven, que concedía audiencias generales tres veces por semana. Daba cuanto podía, y cuando prometía, lo hacía de buena fe.

Renata creyó haber ganado la batalla, cuando el Ministro, con un ademán y una sonrisa muy amables, le indicó un asiento junto a su escritorio.

CHARLOS M. PRINCIVALLE.

(Continuará).

GEÓRGICAS

La Aldea

Con su calleja estrecha, con sus diez y ocho casas;
La iglesia entre cipreses, con su cura ladino;
Con sus chicuelos rubios y sus rubias rapazas
Tiene abierta a la vida su alma Casellino...

Olor de hierbas buenas, mejor olor de hogazas.
Olivares y viñas que bordean el camino
Los, que en frescas verduras y en argentadas masas
Prometen el aceite rubio y el rojo vino.

No tiene alteraciones el igual vivir diario.
Casellino, feliz, no posee boticario.
Su barbero de mano callosa y gesto basto

Activa sus tijeras el domingo en que cierra
Por la noche y el lunes ya lo encuentra entre el pasto
El sol, con la hoz lustrosa o cavando su tierra.

El Trabajo

Entre montes azules, castaños y cipreses,
Con los tejados rojos, blanca, no es nada huraña
La aldea que le gana piedra, carbón y maíz
Con el rudo trabajo a la agreste montaña.

Con esa fé serena que no teme reveses,
Su pico y su martillo, su arado y su guadaña.

A medida que traen sus ofrendas los meses
Ella los va bebiendo con acertada maña.

Por sus senderos ríspidos, con los mulos cargueros
De la montaña dura bajan los carboneros
Cantando alguna dulce, bella canción toscana,

O restallando el látigo ¡shii, tac! se ve que cruza
A Turiddu violento y a la dulce Santuzza
Igual como en la "Cavallería Rusticana".

La Mañana

Entre la niebla azul asoma el rostro el día
Y antes que el sol nos done la dorada mañana
En Monte canta un gallo y aquí en Santa María
Dice al trabajo: ¡arriba! la armoniosa campana.

Un aliento salubre entra por mi ventana.
Todo está idealizado con la azul lejanía.
El paisaje se vuelve luminoso y se afana
Por llenarnos de luz, de salud y poesía!

Con el trino del ave, con el ladrar del perro,
Se despertó la voz lírica del cencerro
Que canta por los valles sus sonatas sencillas.

Las cándidas ovejas triscan, la cabra inquieta
Se agita, mientras hablan o tejen su calceta
Sentadas en la hierba dos rubias pastorcillas.

El Domingo

Una llamada alegre de campanas la brisa
Centuplica en el aire; sus panes celestiales
Ofrecen las iglesias antes que la áurea risa
Del sol vuelque por todo sus gracias matinales.

Ya pasan las viejitas, lento, para la misa.
Al barbero le sobran clientes dominicales.
Algún labriego viene, en mangas de camisa,
Con su "Avanti" y con sus juramentos infernales...

Más tarde las campanas cantan al mediodía.
La cigarra bohemia estridula y chirría.
La siesta. Los aldeanos que llegan al "Café".

El vino que desata las lenguas, las disputas.
Estallan juramentos y las frases hirsutas
Hablan del socialismo, del derecho y del "Re"!...

La noche

Los fuertes bueyes blancos cesaron la tarea.
Una campana suena el Angelus, la hora
Del véspero da una dulce beatitud a la aldea
Que ve cómo al ciprés su aguda punta dora.

Una canción lejana que es del amor presea
Le sonríe a los sueños y enormes duelos llora...
Ya el grillo en su instrumento pastoril runrunea
Mientras la niebla azul el paisaje decora.

Esos rumores, esos vagos ruidos del fin del día,
Algún grito perdido; una melancolía
Hay en la vieja tierra y en las estrellas nuevas.

—Alma mía, ¿es ésta la dulce paz ansiada?
El alma, silenciosa, no me contesta nada...
¡Soñará de la vida con sus terribles pruebas!

Pensamiento de la Eternidad

En la alta noche quieta de pronto me desvelo,
Hay un silencio inmenso, todo es muerto a

Deletreo la verdad de un hondo desconsuelo
Que en esta inmensidad soy un punto perdido.

No poseo ni siquiera la sombra de un anhelo....
Mi ambición y mi sueño, todo lo que he querido,
Bajo la indiferencia del estrellado cielo
Se vuelve más humilde, más empequeñecido.

Después cambio: no soy más tierra, lodo,
Punto perdido, voz sin eco: estoy naciendo...
La sombra de aquí abajo, la estrella, el cielo... todo

Se va animando lentamente con mi presencia:
El mundo en mi pequeño cuerpo se va infundiendo
Y al íntegro infinito lo siento en la conciencia.

MONTIEL BALLESTEROS.

Casellino. Acone.
Toscana. 1920.

EL MIRADOR

No para empleo de sus ocios diplomáticos, sino por ejercicio de una disposición innata, Magariños Borja escribe, fijando algo de la realidad contemporánea. En su obra anterior, sobre todo en su última novela, eso es condición peculiar; — también lo de efectuar la trasposición de los valores artísticos en una prosa animada y pulcra;—esas dos solas razones bastan a la obra de este trabajador silencioso para hacerla perdurable.

De una obra en preparación: "El Mirador de San Luis"

(Fragmento).

Hasta hace poco tiempo, existía aún en la calle del Cerrito, antaño calle San Luis, el caserón solariego de los Narváez.

El caserón derruído tenía ciento cincuenta años. Su construcción databa de la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces, la casi totalidad de las casas de Montevideo eran todavía de piedra en bruto con techo de teja y de cuero. Fué, por lo tanto, una de las primeras casas de azotea que tuvo la ciudad de San Felipe, y también una de las de mayor lujo durante casi todo el tiempo del coloniado.

Su enorme mole de ladrillo (muy pocas antes que ella podían vanagloriarse de ser hechas con tan noble elemento), se erguía con soberbia, desafiando el pam-

pero con un mirador que más bien parecía un atalaya desde el cual la mirada del conquistador se extendía vigilante y amenazadora por la campiña casi desierta de extramuros.

Aquel rascacielo tenía forzosamente que llenar al vecindario de admiración y de inmenso júbilo patriótico como el manifestado por él en aquel momento. Quien no conozca el exaltado patriotismo que germina en el tedio de las pequeñas poblaciones, tal vez piense que hay exageración en llamar inmenso júbilo patriótico a lo que debió ser modesta alegría municipal. Por lo demás, debe tenerse presente que Montevideo, en la segunda mitad del siglo XVIII, tenía razón de sobra para saludar con ruidosas manifestaciones de entusiasmo público la construcción de una casa de ladrillo con grande zaguán, amplio patio, escalera interior, y un mirador vigilante como un centinela. Hasta entonces, las muy pocas casas de ladrillo existentes en la pequeña población, carecían de amplitud y de aquel aspecto señorial que tanto distinguieron a las que a fines del siglo XVII, dieron al humildísimo caserío digno aspecto de aldea.

La casa de que hablamos fué prontamente bautizada por la gente del pueblo de aquella época. El pueblo ha tenido siempre una sagacidad admirable para descubrir el rasgo saliente de las cosas y el hábito de bautizarlas conforme a esos rasgos. Así, pues, el pueblo montevideano, habiendo descubierto que la casa del vecino Narváez tenía un mirador, la designó con ese nombre. Sólo después de 1780 le llamó "el mirador de San Luis", para distinguirla de otras construcciones análogas.

Aunque no consta en los libros capitulares, sabemos que los señores Regidores y las autoridades militares, con los vecinos más caracterizados, concurrieron a la inauguración del imponente edificio. Esta concurrencia

simultánea de la autoridad civil y de la autoridad militar, fué otro acontecimiento, aunque éste de carácter político, de gran trascendencia. Por aquel tiempo, la autoridad militar, representante del rey, y la autoridad civil, representante del pueblo, estaban permanentemente en conflicto. Reunidos en el mirador, encendidos los ánimos de los orgullosos regidores en edílica emoción, tirios y troyanos se dieron un abrazo. Poco después de la reconciliación, el regidor Rodríguez, enguyendo un pastel, hablaba con el Comandante Militar y le decía, muy convencido, que pronto la ciudad de San Felipe y Santiago no tendría nada que envidiarle a Lima, la orgullosa capital del virreinato.

El vecino Narváez mostraba su casa a las autoridades con visible orgullo. Era ésta una fábrica enorme y cuadrada que miraba hacia el norte. Su puerta a macha martillo era capaz de resistir los primeros golpes del ariete más formidable. Un amplio zaguán daba acceso a la planta baja del edificio y a la escalera. En la planta baja estaba el patio descubierto en el centro y resguardado en los cuatro costados por los corredores de los altos, que le formaban techo, sostenidos por delgadas columnas de hierro, las cuales fueron traídas de España, como los barandales de los balcones. En uno de los ángulos del patio levantaba el aljibe su brocal de granito gris. Era este aljibe hecho de dos bloques de piedra, no se sabe si el primero o el segundo que tuvo nuestra ciudad. Hasta entonces, como lo dice la historia, no se construían aljibes en Montevideo, porque se tenía la idea (quizás esto no es precisamente una idea) de que haciéndolos quedaría muy reducida el área de la ciudad. Sin duda por esto, los espectados regidores, después de admirar la amplitud del zaguán, la elegancia de las rojas baldosas, de tan refinado buen tono entonces, y la holgura del patio, miraron cejijuntos y abismados la boca del aljibe, que se había tragado una vara, por lo menos, de la superficie del suelo confiado a su reconocido celo y a su competencia edilicia.

La planta alta, a la que se subía por una escalera de piedra con filete de madera, era lo mejor del edificio. La gran sala del frente ocupaba casi todo el ancho de la casa, con cuatro ventanas que se abrían a un largo balcón. Las piezas del interior, en ringle, a la vera de los corredores, cubiertos éstos por una admirable galería de cristales, eran alegres, aireadas y amplias.

Pero lo que sorprendió, lo que a los regidores dejó mudos de asombro, fué el mirador. Desde allí, se dominada la ciudad de uno a otro confín; a simple vista, sin la ayuda del catalejo, se distinguía nítidamente lo mismo la masa parduzca de la ciudadela, que la mole rojiza de la Batería Real, situada en el extremo opuesto al muelle de desembarco, el llamado palacio del gobernador, el polvorín, el molino de viento, las murallas, el portón de la ciudad y el caserío disperso sobre las laderas de la cuchilla, más allá de los muros.

Montevideo era entonces una ciudad de cuatro mil habitantes, pobrísima ciudad, por cuyas calles sin pavimento y sin alumbrado, con zanjones y albañales, transitaban, de tarde en tarde, rústicos carros, gauchos verdaderos, indios — algunos de ellos caciques—, y una población blanca miserable e ignorante, entregada a las delicias de la holganza, del alcohol y del juego.

Montevideo, nacida a la vida con fines militares, no fué durante mucho tiempo más que una plaza fuerte. Dentro de sus muros, la población civil puede decirse que vivía en los suburbios de un vasto cuartel, al servicio de la soldadesca, cuyos hábitos tabernarios se imponían a toda la baja población.

Al lado de esta población abigarrada, compuesta de criollos, mestizos de indio, de indios puros, de blancos, de mulatos y de negros, vivía un reducido número de familias principales, formando la seudoaristocracia que primó socialmente durante todo el tiempo de la dominación española. Esta seudoaristocracia era la que desfilaba por los amplios salones del Mirador en los albores de nuestra sociabilidad, con motivo de reuniones, entretenidas con galletitas de María, pasteles, mate dulce y con el clásico minué, que nuestros estirados abuelos tenían a punto de honra bailar más y mejor.

Pertenecía el Mirador a la encumbrada familia de Narváez, familia celosa de su posición social y de exquisito trato, al decir de algunas crónicas. Así, pues, el privilegiado caserón pudo, sin empinarse demasiado, seguir paso a paso la evolución de la sociabilidad montevideana, desde el tiempo de las pajuelas hasta la época de su más grande esplendor. Ya en el año 65 o 70 del siglo pasado, debido a las exigencias del mayor boato en boga, sus paredes, hasta entonces desnudas, se cubrieron con tapices de seda, y sus escaleras de piedra con blanco mármol, como el zaguán, las crujías de los altos y el patio de la planta baja.

Vinculado a nuestra tradición social, el Mirador estaba también vinculado a nuestra tradición guerrera. Sintió tronar el cañón del inglés invasor y vibró de coraje por España. Poco después oyó la voz del cañón libertador, pero ya en sus entrañas latían anhelos de independencia, y saludó la entrada del ejército de Alvear enarbolando la flamante bandera revolucionaria.

El Mirador fué también testigo del crecimiento de la ciudad. Vió a las murallas que la envolvían protectoramente convertirse en cinturón opresor y vió a la ciudad rebasar su continente, como un líquido que desborda, derramando su caserío sobre la campiña libre de extramuros. Y poco antes de caer en escombros, al golpe de la piqueta, ya la ciudad había crecido tanto que el viejo Mirador perdió de vista sus contornos.

Fábricas más altas limitaban su horizonte por todas partes.

M. Magariños Borja.

MOTIVOS LÍRICOS

Destino

Yo lamenté con dolorido acento
La inanidad de lo que vive un día:
Fugitivo el amor, la dicha breve
Y la esperanza, dádiva tardía.

Alma plena de sueños y locuras
Cuando en las fraguas del amor ardía
Hoy suspirante y trémula la acoge
En sus dominios, la melancolía.

... Y este pavor constante de la vida
Hacia la oscura y misteriosa vía
Por donde otros pasaron temerosos
Y desolados, un postrero día...

Una voz

Rítmica voz, que en la noche
Desgranas un canto
amoroso y tierno
Como una balada!

Con dulces acentos
Has vibrado en mi alma,
Voz evocadora,

Y era tu tonada
Musical y vaga
Como la elegía
de un errante aeda
Que rima congojas
En medio la noche
Constelada y diáfana.

Yo he sentido el triste
Influjo de tu aria
¡Oh, voz melodiosa!
Que en la noche clara
Desgranas un canto
De amor y nostalgia.

¡Oh voz melancólica!
Yo he sentido el triste
Influjo de tu aria.

WIFREDO PI.

EL PASO DE LOS INDIFERENTES

El poder de una emoción nos sustrae fácilmente del bullicio de la vida que se desata junto a nosotros. Cuando una idea logra hacer girar toda nuestra atención en torno de ella, nos sentimos como transportados, flotando en lejanías imprecisas y vagas, como si el mundo infinito se redujese a la concreción del círculo abstracto en que nos agitamos. Mil veces cruzamos la urbe sin sentir su estremecimiento infatigable. Algo nos lleva en giros poderosos Las bellezas se pierden. Los atractivos no aparecen. Y en nuestras pupilas triunfa la vaguedad profunda de una mirada indiferente. Y no es que no tengamos la noción de las cosas entre las cuales desfilamos silenciosos.

¡Los indiferentes que cruzan sin mirarnos! Ellos viven la vida del minuto que encierra una eternidad para sus almas. La influencia del ambiente se estrella sin penetrar hasta su sensibilidad. Sólo viven para aquella idea que los arrastra; para aquel pensamiento que encadena visiones; para aquel suceso que prepara dramas; para aquel problema metafísico que los levanta de la tierra en un vuelo de meditación.

Pasan... Presurosos unos. Se dijera que su aceleración los llevara hacia fines nunca conocidos. ¿Quién es capaz de penetrar su alma para descubrir el secreto propulsor? Algo persiguen con un afán infatigable. Una cita que puede determinar todo un destino. ¿De

amor? ¡Qué importa de qué! Una cita donde su presencia puede ser la llave del pórtico de la eternidad o de la gloria. Quizá sea un médico, tal vez un criminal. En ambos palpita la conciencia de la muerte y de la vida. . ¡Ah! Y aquel que ante su paso todo se aparta, aquel que ya no mira y sus ojos se exaltan como en un ansia trágica, ¿no irá a recoger el último sollozo y el mirar convulsionado de algún sér querido para quien su existencia deja de ser una realidad?

Otros son más profundos. No apresuran su paso. Parece que quisieran detener el minuto fugaz, la hora que rueda imperturbable... ¡Cuántos de ellos soportan en su aparente tranquilidad una tragedia pavorosa! ¿Quién desciende al oscuro abismo de tantos enigmas? Quizá en el término de su viaje está la sentencia que escribió el destino con mano de tantas influencias ajenas a las más caras aspiraciones de sus almas...

Y van otros. Otros de mirar indefinido y tardo andar. Pensamos al verlos cruzar que son ellos los más profundos, los que viven una vida esencialmente profunda, inalterable en su orientación, fantástica en sus alucinaciones. Sus pupilas son hondas como su vivir ensoñador y siempre resplandece en ellas la mirada vaga y lejana que se despierta al florecer un pensamiento nuevo. Han de perseguir algo más grave que los demás. Para ellos las cosas banales de la tierra no entretienen sus ocios. Existen alturas insuperables sobre las que pasará agitado su espíritu hambriento de Dios, que es infinito, eternidad, misterio. Quizás el temblor luminoso de una estrella desconocida en su reino interior motiva su existencia. O alguna imagen que se escapa y a la cual no pueden dar forma los abisma en sus inexplicables contemplaciones.

Los hombres para encontrarse, descienden, exclamaba Emerson. Y es cierto. Los indiferentes, los que cruzan a nuestro lado sin apartar sus ojos del punto

que los llama, son los que viven más intensamente en sus alturas, baste decir, en aquel estado de alma que es el suficiente para embargar su vida toda. Así, la calle está llena de indiferentes. En vano pretenderíamos levantar un túmulo para detenerlos. Sus espíritus son de una curiosidad tan superior que pasarían ajenos al espectáculo, llevados por la otra grandeza que los deslumbra. Un mundo infinito gravita y se estremece sobre ellos. Luces y sombras pueblan su camino. Y ya el relámpago trágico, la ondulación del mar, el panorama y los paisajes, la adorable visión de algo supremo en sus afectos, todo eso, imaginable y adorable, fatal o necesario, en cosas o en imágenes, es lo suficiente para que su alma permanezca en una eterna ascensión, lejos, distante de la realidad torturadora que nos despierta momento a momento, matando ilusiones y haciéndonos ver cosas que quiebran con su abrupta verdad el cristal opalino de nuestros miradores de ensueño... Marchar así es vivir en una forma superior. Es corresponder a un fin tan humano como es la generosa preferencia por las cosas nobles y elevadas del espíritu; y es, ante todo, no descender a encontrarse con los hombres, cuyas sonrisas de amabilidad exterior, tantas y tantas veces nos dieron la amargura de cruentos desengaños...

ARTURO S. SILVA.

GLOSAS DEL MES

Caridad bien entendida

Si en algo nos apartábamos de las tendencias que guían la civilización, era en eso de la caridad; si en algo escapábamos al mecanismo que mueve nuestro vivir perfeccionado, si en algo sustituíamos por costumbres anticuadas y sentimentalismos ñoños, un concepto justo destilado en reflexiones acabadas y en exámenes detenidos del panorama social, era en la caridad; contra la costumbre de nuestras ideas adelantadas, por las cuales el mundo nos mira atento, vivíamos como antes, dando a manos llenas siempre que se invocara algún dolor.

No nos habían penetrado ni las bellas ideas del señor Bergeret, a quien tanto amamos; y aquellas sutilezas por las cuales él explicara a su hija Paulina, en cierto paseo vesperal, la razón de haber desoído el clamor de un pobre, ni aquello adoptamos. En esto permanecimos impermeables a las ideas de ultramar, sustancias de civilización: vivíamos como en la colonia; el aldabón de la maciza portada repicaba, por mano de un triste, y en seguida la negrilla venía con el trozo de pan, o con la vestimenta aprovechable sin desdoro. Seguíamos de este modo, y alcanzamos a tener lujosos establecimientos de caridad, y confortables cárceles, que nos enorgullecen cuando algún ilustre visitante mide, en vuelo de pájaro, nuestro progreso.

Damos a manos llenas; todos los días gallardas crónicas enumeran la obra de nuestros institutos benéficos; asistimos a kermeses, fiestas aristocráticas, en las cuales niñas hechiceras alcanzan ingentes sumas por los objetos que nuestra caridad sacrifica a los pobres; organizamos monstruosas colectas, y por un extraño vértigo se acumulan millares y más millares de pesos, que nadie creyera fuera posible arrancar nunca a nuestra sociedad. Pero esto sólo no es la realidad; hay mucho más, pues damos para los extraños con generosidad ferviente; no hay punto flagelado en el planeta al cual no haya ido nuestro óbolo abundante; no ha habido pueblo azotado por algún capricho de los hombres para el cual no hayamos dado igualmente; y así se vió en la guerra pasada cómo amontonamos oro y vituallas para los desgraciados de nuestra predilección. Y creemos más, creemos que no falta alguna aldea maltratada por Belona, cuya reedificación quedó fiada a nuestra evidente generosidad internacional.

* * *

Pero no hace mucho tiempo, ya se percibió diferencia entre alguna de nuestras cárceles y la que mostramos a los viajeros. Sin llegar a apurar los adjetivos de circunstancias y las metáforas hechas a base del estrepitoso Mirbeau, aparecía un cuadro triste, indigno de una sociedad munificente.

Mas ahora, con esta marejada periodística y parlamentaria que ha agitado nuestro vivir pacato de manera insólita, se han visto cosas mucho más tristes y se comprobó, descartadas hipérboles y logomaquias, que los niños de nuestros asilos no están muy cómodos, que las sábanas de nuestros hospitales no aparecen tan blancas como las que admiraron a Lutero, y que

los locos de nuestro manicomio son tratados como si fueran locos quienes los cuidan. Y esto desde años, pues en el revuelo de inculpaciones hubo oportunidad de fijar hasta veinte años para ese estado.

* * *

De manera que mientras lucíamos nuestro desprendimiento y gallardeábamos de generosos, teníamos dentro de casa tal situación vergonzante; probando que nuestra caridad fastuosa estaba mal orientada, y que abandonaba a las muy recargadas manos del Estado, atenciones cuya gravedad debió contribuir a soportar. Pues mientras no estemos en aquella utópica situación de inmolaciones comunes, por las cuales llegue a ser innecesario el socorro a los míseros, que no los habrá, será forzoso unir a nuestras obligaciones ciudadanas la de acorrer al Estado en la complicada función cuyos defectos se pusieron de relieve. Padecemos el hábito inabolible de confiarnos mucho a la actividad oficial y a la organización oficial; como igualmente padecemos el de granjear de todos los servicios oficiales con artimañas y abusos de chalán. Pero en la carencia de un ideal de cohesión superior que equilibre aquella negligencia con esta codicia, pongamos la proa de nuestra rumbosa caridad hacia el punto de las necesidades positivas que toca al Estado atender.

EMILIO SAMIEL.

Notas bibliográficas

Una carta. — Contrariando normas de PEGASO, damos a publicidad esta carta del señor Francisco Contreras, por dos razones: por el prestigio intelectual del autor y por la galante invitación que hace a los escritores del país, a quienes creemos ha de interesar saber las buenas disposiciones de este celebrado literato chileno, empeñado desde hace tiempo en una loable obra de difusión cultural americana, auspiciada por el "Mercurio de Francia".

París, 14 de febrero de 1921.

Señor José María Delgado, Director de PEGASO. — Montevideo.

Estimado amigo:

Agradezco a usted el amable comentario que ha tenido a bien consagrar en su revista, a mi libro "Les ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole". Debo decirle, sin embargo, que me ha parecido extraño su reproche de que no haya hablado, en mi libro, de ciertos conocidos escritores uruguayos. ¿No ha visto usted — en el primer capítulo — que ese volumen ha sido formado con mis crónicas del "Mercure de France", donde no puedo ni debo ocuparme sino de los autores que me remiten sus obras?

Le agradecería, pues, dijera a los buenos escritores de su país que me enviaran sus libros a mi dirección de París: 23, rue Le Verrier, a fin de poder tratar debidamente del movimiento literario uruguayo.

Suplicándole tenga a bien reproducir estas líneas en su revista, me es grato enviarle la expresión de mi sincera amistad.

Francisco Contreras.

Teatro Nacional. — Por Alfredo A. Bianchi. — Buenos Aires. — 1920.

Ha reunido el autor en este libro sus artículos de crítica teatral, escritos "cálamo currente" durante varios años en las revistas "Claridad", "La Palabra" y "Nosotros", esta última puesta bajo su dirección, lo que por sí solo es una credencial, ya que ella representa una de las más altas tribunas que tenga actualmente el pensamiento argentino y americano.

El libro tiene, desde luego, un gran valor ilustrativo, ya que resume, puede decirse, la producción teatral argentina, desde el período de Sánchez hasta nuestros días, dejando una idea bastante neta de sus méritos, tendencias y errores.

Bianchi aborda con gran valentía y amor su papel de exégeta, dejando siempre la impresión de un espíritu amplio, consciente, bien orientado y, sobre todo, fuerte como para oponerse al concepto general y esgrimir el látigo nazareno para estigmatizar a los mercaderes, cuando es preciso... y, desgraciadamente, es preciso hacerlo con frecuencia.

Compartimos su opinión — por otra parte irrefutablemente demostrada por los hechos — de que la evidente decadencia del actual teatro Rioplatense no debe culpársele al público, sino a los autores, más interesados en lo pingüe de una explotación de la baja risa o de la cursilería sentimentaloide, tan grata a todas las multitudes, que en hacer obras de arte sustantivo.

Si hubiera muchos hombres del carácter y la preparación del señor Bianchi, y si los intereses creados fueran menos poderosos, es posible que esa lamentable decadencia hubiera sido detenida; porque ella no debe tampoco ser solamente atribuible a autores y espectadores, sino a indigencia de críticos verdaderos — la mayor parte de los actuales son autores a su vez incapacitados de reprochar a otros sus faltas propias — y, lo que es peor, a carencia de honestidad y fortaleza.

Por eso mismo, es preciso recomendar la lectura de esta obra, no obstante cierto desaliño, hijo, sin duda, de la urgencia, y estimular al autor para que nos dé cuanto antes, ese libro orgánico sobre el teatro rioplatense que nos anuncia. — **J. M. D.**

Luna de Miel y Otras Narraciones. — Por Manuel Gálvez. — Biblioteca de Novelistas Americanos. — Buenos Aires. — 1920.

Ocho cuentos integran este volumen. En todos ellos resalta claramente la vigorosa mano del novelista que ha dado a la literatura argentina obras de tanto valor como "La Maestra Normal" y "El Solar de la Raza".

Dominio absoluto de la técnica, claridad expositiva, seguridad para orientarse en los humanos laberintos psicológicos, unión de lo ético y lo estético: todas las cualidades sustantivas que han dado al señor Gálvez el lugar prominente que ocupa dentro del escenario intelectual americano, vuelven a encontrarse en este libro.

No sabemos si por evolución o por incompatibilidad con la naturaleza sintética del cuento, lo cierto es que no podría hacérsele al autor en esta obra un reproche que, con más o menos fundamento, se

le ha hecho a sus anteriores novelas: nos referimos a la extrema minuciosidad en el estudio de los caracteres y en las descripciones panorámicas. De todos modos, es justo consignar en este volumen una notoria tendencia hacia lo sobrio y lo concreto.

Asimismo, es preciso hacer resaltar una nueva faceta de su talento, que exterioriza en este libro y que demuestra su capacidad para tratar los asuntos más diversos: el cultivo de la nota extraordinaria y sobrenatural. En su cuento "La Casa Colonial", uno de los mejores del volumen, el efecto espeluznante perseguido por el género se consigue de manera tan vigorosa y real, que no deja lugar a dudas sobre las condiciones excepcionales del autor para abordar temas de esa índole.

Cierra el libro un cuento, "Una Santa Criatura", que es necesario señalar como modelo de concepción y realización, en donde drama y estilo ensamblan de manera tan perfecta que dan la seguridad de que no podría narrarse de otra manera la historia de esa transparente María del Rosario, flor nacida para sufrir el heroico y oscuro martirologio de todas las santas criaturas de la tierra. — J. M. D.

Humildad. — Poesías por Julio J. Casal. — Coruña. — 1921.

Dice Rubén Darío: "ahora todos queremos ser sencillos. ." — y he aquí lo grave, lo dificultoso, el peligro. Una cosa es sencillez espontánea y otra cosa es sencillez forzada. Hay diferencias entre las joyas falsas y las verdaderas...

Julio J. Casal, que pertenece a nuestro parnaso no obstante la lejanía residencial, nos envía desde España este nuevo libro de versos, el sexto libro de su cosecha lírica. Con él nos pasa una cosa curiosa. Lo recibimos con sin par entusiasmo, como si trajera el alma ultramarina de un amigo dilecto... Transeuntes municipales de obligatorio recorrido, esa tarde volvimos a casa con una alegría nueva y un interés tan vivo que tornóse afán... A modo que íbamos libro adentro, el corazón insatisfecho veía crecer la magnitud de su desilusión. Concluyó el libro por disgustarnos decididamente, y no sin cierta tristeza, — que propia nuestra es en estos casos, — lo arrojamos al montón de los libros diversos, casi con el mismo gesto despectivo y romántico con que las mujeres tiran sobre el toilet difuso la carta ingrata o las marchitas galas... Ahora que han pasado algunas semanas, hoy nos encontramos con el libro de Casal, y lo leemos de nuevo, y nos reconciliamos con él, hasta conmovernos largamente con esa dulce melancolía, llena de saudade y de humildad, que allí palpita y que no habíamos alcanzado... Como en una revelación, vamos internándonos en las páginas sedantes de este libro descriptivo, dolorido, humilde, suavísimo, donde la niñez lejana se recuerda con insistente emoción, y donde se elogian, con harta frecuencia, los pequeños motivos familiares, las hojas, las piedras, el charco, el cartero, la ruta, los pececillos de los globos de cristal, las nubecitas fugaces que se desflecan por el azul...

Convengamos entonces que el bullente afán de la primera hora nos traicionó, como en otras veces la engañosa visión de una mujer turbadora, entre el tumulto de la ciudad. .

Y, analizado con amor, el libro se ha ido magnificando a nuestros ojos, ofreciéndonos su tesoro, mostrándonos sus intimidades... Julio J. Casal "lleva un romance anticuado en el corazón". Él lo dice, y es tarea fácil comprobarlo. En vano se esfuerza por romper su tierra con renovado arado de moderna fábrica. En vano proclama humildad nueva para las cosas y la vida. En vano se hace acompañar con los diseños dislocados de Barradas. Casal no tiene imaginación rutilante ni hermetismo oscuro. Ni es "un raro", ni es "un novecentista". Melodía, suavidad, dulzura, pequeñez: a veces prosaísmo y monotonía... La misma monotonía y el mismo prosaísmo a que obligan el sistemático cultivo de los temas repetidos y familiares...

Le gusta en demasía el romance antiguo, el sabor triste, el tono menor. Da la impresión de un poeta provinciano, sin haber querido hacer poesía regional. El léxico tiene un brillo opaco, sin reverberaciones y sin matices. La forma es diversamente moderna, a veces al uso libre y otras al modo rimado. No hay características esenciales, aunque se note un largo anhelo de personalidad. Pero fluye del libro entero una emoción amable, que si no responde a las exigencias del espíritu, reconcilia al corazón con una vaga melancolía, así misteriosa y esperanzada, como la nostalgia que una tarde vimos en los ojos de agua de cierta mujer del pueblo, asomada al crepúsculo, a ver pasar el tren...

El gran coro de los poetas hodiernos ha creído poesía la sinfonía libre y exaltada de la vulgaridad y del prosaísmo, como hasta hace poco quintaesenciaba las extravagancias hechizantes de Verlaine, de Moreas, de Laforgue y Darío .. Las escuelas poéticas tienen el destino del aeroplano, cuya hélice renueva y embarulla el aire, rasgándolo con una inquietud que pronto será sosiego. Pasan más ligeras que el tiempo. Y sólo las que logran remover hondamente los cauces, serán recordadas de aquí doscientos años... De las demás, no queda nada, ni ahora mismo. Por eso es lamentable esta ola de lirismo ingenuo y de versificación prosaica, con aire estrafalario y desarmónica adjetivación, con que el coro plural de los poetas modernizantes quieren vengarse de la eternidad del sentimiento. La sencillez, la claridad, la música, el corazón, serán las líneas arquitectónicas fundamentales de la poesía perdurable: — de la poesía verdadera, — de la única y sola poesía del mundo. Por eso vivirán Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare... Sólo la claridad y la emoción, expuestas con naturalidad, con la virtud del manantial, así musical y cristalino como es, — lograrán acentos inmortales. Ser sincero es ser potente. La mejor de todas las técnicas es la que resulta más sonora al corazón. La única poesía que es poesía, es la que conmueve, la que surge del alma y se va al alma...

Julio J. Casal no logrará, quizás, con este libro los sones definitivos que para nosotros concretan los dones poéticos, — pero es indu-

dable que se acerca a ellos, y que se individualiza formalmente, apartado de la vocinglería internacional de los versificadores actuales Su modernidad es la de todos los tiempos posee la música del corazon tiene la sencillez casi siempre espontánea: maneja casi siempre las joyas verdaderas — T M.

Alberto Masferrer — **Pensamientos y Formas — Notas de viaje** — San José de Costa Rica — 1921

Hemos de empezar por alabar la obra realizada por J García Con de en estas ediciones de autores centroamericanos, que nos da la ocasión de conocer cosas tan buenas como "El rosal del Ermitaño", de Rafael Heliodoro Valle, de que ya se ha ocupado PEGASO, y "Pensamientos y Formas—Notas de Viaje", de Alberto Masferrer

El espíritu de Masferrer, conforme a la modalidad de que nos habla, se esfuerza por encauzar en formas adecuadas "la pureza, el ritmo y la unidad, que son las tres claves de la existencia y de la perfeccion", y así hay en su obra "la salud y la fuerza la energía y la gracia, el amor, la paz y el reino de Dios", que en esas tres claves se contienen, según él mismo expresa Y él se merece que lo alabemos con sus propias palabras, porque su espíritu está lleno de sagrada unción, de amor por la luz del sol y por el trabajo de los seres de la tierra, que es lo que cuenta deveras para que cada uno viva su vida a su manera.

Hay frescura y sentimiento en sus "Notas de viaje" Describe con amor y su alma refleja y deja pasar, como el cauce de los ríos al agua renovada, las emociones suscitadas por todo lo que ve "La matepec", "El azote de Nueva York" y "Nevando" son, según nuestro sentir, las mejores de ellas — A. B